



## Comentario de 3.1-30:

# UN EDICTO QUE SE ATREVE A DESAFIAR A DIOS

La totalidad del capítulo 3 es una narrativa. No hay visiones ni símbolos que compliquen nuestro entendimiento aquí. En Hebreos 11.34 se hace alusión a este suceso, y es posible que Isaías 43.2 sea un anuncio anticipado de él, en un tramo de Isaías cuyo propósito es tranquilizar al pueblo de Israel (por medio de darles «consolación»; vea Isaías 40.1).

*Cuándo* tuvo lugar el suceso no es tan importante como *qué* fue lo que sucedió. Cuanto respeto llegara a tener Nabucodonosor por el Dios de Daniel (y por ende, por los hebreos), al final del capítulo 2, no es algo que se manifieste al comienzo de los eventos que se recogen aquí.

### EL NUEVO ÍDOLO (3.1-18)

Así comienza el relato:

El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia [...] Y el pregonero anunciaba en alta voz: Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo...

Por esto en aquel tiempo algunos varones caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: ... Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado.

Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey. Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego,

que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos... [postraros y a adorar] la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?

Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: ... He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado (vers.<sup>os</sup> 1-18).

El rey hizo un nuevo ídolo. No sería de ningún provecho ponernos a conjeturar acerca del estilo o el carácter de la imagen. Tuviera la forma que fuera, lo cierto es que el rey levantó este ídolo. ¿Lo hizo motivado por su ego? ¿Estaba motivado por consideraciones políticas (para demostrar que no estaba siendo influenciado excesivamente por los judíos)? No es algo que sepamos. Si bien promulgó un edicto que podría haberse aplicado solo a funcionarios de gobierno, el versículo 7 nos dice que (casi) todos cumplieron con él y adoraron al ídolo. No hay duda de que había otros judíos, además de estos tres —y de Daniel— que no adorarían tal imagen. No obstante, por estar a cargo de la administración de la provincia (2.49), Ananías, Misael y Azarías fueron notorios al no obedecer. Los demás jamás vacilaron en adorar este nuevo ídolo. Una característica de la idolatría es la constante adición de nuevos dioses al panteón. El apóstol Pablo expresó que una de las señales que distingue a un mundo perdido la constituye el apartarse del verdadero Dios para hacer imágenes y declararlas objetos de culto (Romanos 1.18-23).

Después de la puesta en práctica del edicto del rey, y de la subsiguiente obediencia de la mayoría de los funcionarios, «algunos varones caldeos» (vers.<sup>o</sup> 8) fueron a Nabucodonosor, acusando de

insubordinados a los tres hebreos (vers.º 12). Por todo este capítulo, a estos hebreos fieles —Ananías, Misael y Azarías— se les refiere por sus nombres babilónicos: Sadrac, Mesac y Abed-nego.

Los caldeos no acusaron a Daniel de este delito, pero es obvio que no adoró tal imagen. Las Escrituras no explican el motivo de esta omisión. Tal vez Daniel estaba muy afianzado en las estructuras de poder del gobierno, y le temían; y no sucedía lo mismo con Sadrac, Mesac y Abed-nego, que fueron apresados y llevados delante del rey.

### **NO TENÍAN INTENCIÓN DE POSTRARSE**

En el versículo 13, Nabucodonosor comienza la interrogación de los tres hebreos. Les preguntó: «¿Es verdad...?» (vers.º 14). Lo que dan a entender las palabras del rey en estos versículos, es que a los hebreos no se les había dado una justa oportunidad para obedecer su edicto. Consideraba que la desobediencia de ellos podría no haber sido una insubordinación, sino una omisión involuntaria; por lo tanto, les dio una segunda oportunidad.

De inmediato (vers.º 16), Sadrac, Mesac y Abed-nego dieron a conocer sus intenciones. Cuando respondieron: «No es necesario que te respondamos sobre este asunto», no tenían como propósito ser irrespetuosos con el rey. Tal respuesta era una aseveración de la firmeza de la fe de ellos en esta situación. No tenían necesidad de pensarlo otra vez, ni de deliberar acerca de lo que debían hacer. Esto fue lo que dijo Jesús en el Nuevo Testamento: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel...» (Lucas 16.10). Estos hombres se habían propuesto no contaminarse con la comida del rey (1.8, 12). Se habían propuesto igualmente no contaminarse con la religión del rey.

Nos tienta la idea de que podemos descuidar «lo muy poco» en la vida, siempre y cuando estemos preparados para hacer frente a las «grandes» dificultades. Se nos ha grabado en nuestras mentes la creencia de que Dios no nos pedirá cuentas de «lo muy poco», pero que sí debemos tener cuidado de «lo más». Sin embargo, es un ejemplo diferente el que se observa aquí, así como en otros pasajes de las Escrituras y en la vida en general: La preparación en «lo pequeño» nos prepara, con el tiempo, para lo grande. Esto se cumple en la educación, en el cultivo de las destrezas artísticas y artesanales, y en lo relacionado con la fe. Si los hebreos no hubieran sido diligentes antes, no habrían tenido la fe para serlo ahora, en este momento tan trascendental.

### **NO TENÍAN INTENCIÓN DE CEDER**

Nabucodonosor «desafió» a Dios cuando dijo: «... ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?» (vers.º 15). Los hebreos respondieron: «... nuestro Dios a quien servimos puede...» (vers.º 17). Fue casi la misma respuesta que dio Daniel cuando el rey desafió a que se interpretara su sueño: «... hay un Dios en los cielos...» (2.28). No había dios en la tierra, ningún dios creado por el hombre, que pudiera haber librado del rey, ni revelado el sueño a este. No obstante, estos hombres conocían al Dios del cielo que creó al hombre, y que sí podía librarlos.

La aseveración de fe de los hebreos fue firme, pues dijeron al rey: O «puede librarlos [Dios] del [...] fuego ardiendo», o bien «de tu mano [...] nos libraré». Aun si no fueran «salvados» físicamente del fuego, serían librados del rey por la muerte (vers.º 17).

Por lo menos dos pasajes neotestamentarios resultan pertinentes aquí. En Hebreos 9.27 leemos: «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez». Este es un pasaje que se cita a menudo en relación con la certeza de la muerte. Si bien esta es una aplicación suficientemente válida, el autor estaba tratando de dar aliento a la fe de personas que estaban siendo perseguidas; de modo que sin duda era algo más sutil y tranquilizador lo que estaba diciendo. Todo el mundo tiene que morir una vez; pero no todos tienen que morir dos veces. En Apocalipsis 14.10–11 se hace referencia a idólatras que serán lanzados a un fuego eterno. Hay otros pasajes de Apocalipsis que se refieren a este fuego como «la muerte segunda». No hay duda de que los amigos de Daniel tenían alguna especie de entendimiento de este concepto. Creían que su Dios podía sacarlos con vida del horno abrasador; pero también sabían que si Él elegía no hacerlo, siempre los libraría de otra muerte, la cual era segura, si quebrantaban Su ley y adoraban la imagen de oro.

La totalidad de este pasaje, hasta este momento, nos muestra un desafío para Dios. 1) Nabucodonosor desafió atrevidamente a Dios. Primero, levantó una imagen para que fuera adorada, lo cual era contrario a los mandamientos de Dios. El hombre ha estado siempre llevándole la contraria a Dios desde que Adán y Eva quebrantaron Su primer mandamiento en el huerto. Es únicamente por Su paciencia que Dios ha salvado a algunos de nosotros de la ira que hemos provocado (Romanos 1.18). En segundo lugar, Nabucodonosor desafió a Dios a salvar a Sus adoradores de la ira del rey. Aunque esto fue lo que

al final sucedió, el rey no lo creía posible. «¿Librará Dios?» no es un desafío que se plantea todo pecador —ni consciente ni inconscientemente. Pero sí es un desafío para la gracia de Dios.

2) Vemos también aquí un fiel desafío para Dios, el cual no es atrevido. Los tres hebreos declararon que Dios podía salvarlos, a pesar de las apariencias que indicaban lo contrario. Hay una diferencia entre tratar de «[tentar] a Jehová [nuestro] Dios» (Deuteronomio 6.16) y declarar la fe que tiene uno en que Dios cumplirá Sus promesas. En una época pasada, Elías le «recordó» a Dios Su aseveración en el sentido de que con el tiempo haría cesar la lluvia si Israel se volvía a los ídolos. Cuando Elías lo pidió, esto fue exactamente lo que hizo Dios. En otra época aún más antigua, Moisés le recordó a Dios su promesa en el sentido de que de los padres haría una gran nación. De hecho, desafió a Dios a salvar a un pueblo obstinado y rebelde.

Hay desafíos para Dios que están llenos de atrevimiento, y Él no los tolerará. Hay otros desafíos, sin embargo, que Dios asume, por medio de nosotros, para dar a conocer Su poder, Su honor y Su gloria. Esto fue lo que hizo en este caso con Sadrac, Mesac y Abed-nego.

### NO TENÍAN INTENCIÓN DE SER CONSUMIDOS POR LAS LLAMAS (3.19–30)

Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado [...] Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo. Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Y estos tres varones [...] cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo.

Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses.

Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el

cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían. Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia (vers.<sup>os</sup> 19–30).

A Nabucodonosor le era ajeno el «dominio propio». En el capítulo 2 se narra que promulgó un decreto para matar a todos los sabios de Babilonia porque no pudieron hacer lo que, de parte del hombre, era una tarea imposible. Esta vez, encolerizado por la respuesta de los hebreos, dio órdenes en el sentido de que «el horno se calentase siete veces más» de lo normal (vers.<sup>o</sup> 19). Es probable que con esta expresión se estaba indicando el «máximo»; el rey deseaba que el horno estuviera lo más caliente posible.

Varios de los guardas leales ataron a Sadrac, Mesac y Abed-nego y los echaron en el horno. El calor era tan intenso que los vestidos de los guardas se quemaron, y ellos mismos fueron destruidos por el horno.

Después, habiendo olvidado al Dios de Daniel, Nabucodonosor «se espantó» (vers.<sup>o</sup> 24). Vio no solo a tres, sino a cuatro personajes en el horno. Uno era «semejante a hijo de los dioses» (vers.<sup>o</sup> 25; o «al hijo de Dios»; KJV). ¿Qué, o a quién, vio Nabucodonosor?

Bien se podría decir, a la luz de lo que dice el versículo 28, que Nabucodonosor vio un ángel. Dios ciertamente envió ángeles para ministrar a Su pueblo en diferentes situaciones. No obstante, la frase «ángel de Dios», a veces es una expresión paralela para referirse a Dios mismo. (Vea Génesis 48.15–16.) Hay quienes sostienen que esta fue una aparición cristológica —esto es, que fue el Hijo de Dios, quien en realidad apareció con los hebreos, en el horno. Esto se basa en parte en una interpretación literal de pasajes como 1<sup>era</sup> Corintios 10.4, donde las palabras de Pablo parecen significar que la roca de la cual fluyó agua para los israelitas, en el desierto, era Cristo. En Daniel, no se nos da suficiente información específica, para decir con certeza qué, o a quién, vio el rey. Más adelante, Daniel dijo que el Señor envió Su ángel y cerró la boca de los leones (6.22). Aun si su significado allí

fuera paralelo a lo que expresa el rey aquí, todavía no contamos con la identidad concreta. Lo que más importa es que Dios rescató a los hebreos —y Nabucodonosor lo vio cuando sucedió.

Nabucodonosor alabó de inmediato al Dios de los hebreos (vers.º 28), y promulgó otro edicto en el sentido de que nadie debía hablar contra el Dios de los judíos. No era este un mandamiento en el sentido de adorar al Dios de Israel, pero sí era un reconocimiento de Este. Recuerde, fue la jactanciosa pregunta de Nabucodonosor, cuando dijo: «¿y qué

dios será aquel que os libre...?» (vers.º 15), la que en primer lugar hizo que fueran sentenciados los hebreos. Estaba claro que ningún dios del panteón babilónico podía librar. Esta verdad se recalca por la muerte inmediata de los guardas del rey, a quienes consumió el mismo fuego que no pudo hacer daño a los hebreos.

El rey «engrandeció» a los hebreos en el puesto de gobierno que habían desempeñado anteriormente.

David Rehtin

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS